



Apostolado del Oratorio
Devoción de los primeros Sábados de mes

Octubre 2011

1er. Misterio Gozoso

La Anunciación y Encarnación del Verbo



Introducción:

Fijemos nuestra imaginación en una escena incomparable: La Virgen Santísima, en Nazaret, en una casita pequeña, modesta, limpísima y completamente ordenada, en una divina simplicidad. En el piso un ingenuo florero con lirios, flor que es el símbolo de Nuestra Señora. Sentada en un banquito, muy tranquila, con un libro de meditación en la mano.

En una profunda paz, la modesta Virgen de Nazaret, rezaba. El Arcángel Gabriel, un embajador excepcional, llevando la misión llave de la Historia de la humanidad, le anuncia el augusto misterio de la Encarnación. Se inclina respetuosamente delante de su Reina, el semblante iluminado por un gaudio sobrenatural, le dice: “Ave María, llena de gracia, el Señor está contigo. Bendita eres entre todas las mujeres”.

Oración Inicial.

Oh Virgen Santísima, el Arcángel San Gabriel apareció trayéndote una noticia extraordinaria, una excelente noticia. Noticia mejor imposible; imaginar algo mejor que ese mensaje sería imposible. Sin embargo Vos te conservasteis en recogimiento, humildemente. Vos estuvisteis enteramente puesta en las manos de Dios, y es eso lo que queremos en este momento en que damos inicio a esta meditación del Primer Sábado, queremos estar como Vos estabais en Nazaret, en vuestra recámara, recogida y en silencio rezando. Queremos estar en espíritu de oración con Vos. Por eso, Os pedimos, que nos concedas participar de la luz de vuestra piEDAD, de la luz de vuestro recogimiento, de la luz de vuestra humildad para que consideremos bien el misterio de la Anunciación. De esta forma podremos, con propiedad, con substancia, reparar vuestro Sapiencial e Inmaculado Corazón de tantas y tantas ofensas que recibe en los días de hoy.

Os pedimos, Madre, que iluminéis nuestra inteligencia, fortalezcáis nuestra voluntad y amparéis nuestra sensibilidad –temperéis nuestra sensibilidad– para que todo nuestro ser sea puesto en esta contemplación del anuncio que Os hace el Ángel San Gabriel en el momento en que se dio la Concepción de Nuestro Señor Jesucristo, en el momento en que se hace la Encarnación. Madre mía, esta meditación es para desagrar vuestro Sapiencial e Inmaculado Corazón.

Dios te salve, María...

I- Recogimiento y oración de la Virgen Inmaculada.

Nuestra Señora, joven, debería tener entre 15 y 16 años, en oración y recogida. Rezando, porque antes que nada Ella es criatura, y toda criatura necesita de oración. Ella reza pidiendo para sí, por la humanidad, contemplando la situación del mundo de aquel tiempo y su futuro. Ella sabía perfectamente cuales eran los dramas y las consecuencias terribles del Pecado Original. Ella quería que cuánto antes hubiese la Redención. Ella conocía, con el don de Ciencia y Sabiduría –pues Ella tenía estos dones en altísimo grado– el origen del pecado en el Paraíso Terrestre, por la negación y por la desobediencia de Adán y Eva. En consecuencia, María tenía verdadero horror, indignación, entera incompatibilidad con el pecado. Ella quería que viniese cuanto antes el Redentor, para que todo se pusiese en orden. Sabía perfectamente que eso sólo se obtendría a través de la oración. Por eso rezaba; y tenía necesidad de ello.

Nuestro Señor Jesucristo también rezó, y ¡cuántas veces! Él no precisaba de oración, pero Él rezaba y rezaba por todos nosotros.

También María, nuestra madre, rezaba pidiendo nuestra salvación.

Vemos entonces una característica lindísima en esta Anunciación: el **recogimiento** y la **oración**. Ejemplo para que nosotros veamos cuánto es conveniente que estemos en oración, porque en la oración Dios se comunica con nosotros.

El Ángel aparece haciendo un elogio extraordinario, que dejaría orgulloso a cualquiera. “Y entrando el Ángel le dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”.

- ¿Cómo nos comportaríamos si un ángel nos elogiase?

Sabemos perfectamente cómo el orgullo actúa en mí, como actúa la vanidad en nosotros, cómo actúa el amor propio en nosotros y, si se apareciese un Ángel para uno o una de nosotros en la recámara, mientras este o esta rezaba, y el Ángel fuese San Gabriel, lleno de luz – maravilla—iluminaría mi recámara entera, sentiría hasta el olor de un perfume extraordinario, y él dijese nada más nada menos para nosotros hombres, que somos el primero entre todos, o entonces para una mujer, sois la más alta criatura, la más excelente de todas las mujeres... ¿Cómo tomaríamos un elogio así? Sería un elogio que nos tomaría de sorpresa y nos dejaría pasmos, pero al mismo tiempo nuestro amor propio, nuestro orgullo, nuestra vanidad, nuestro deseo de aparecer, nuestro deseo de ser el primero o la primera tendrían una efervescencia tan extraordinaria en cada uno de nosotros que explotaríamos de orgullo.

Sin embargo, ¿Qué sucedió con Nuestra Señora al oír esos elogios? ¿Cuál fue la reacción de Ella? San Lucas nos dice: **“se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo”**.

Miremos para Ella. ¿No es verdad que Ella merece esos elogios? ¡Claro que sí! Purísima, virginalísima, virtuosísima, santísima, Ella merecía este elogio. Y si no hubiese otra razón, bastaba que el Ángel lo dijese, pues si éste habla, es porque fue enviado por Dios para que lo diga. **“Ángel significa mensajero de Dios”**. Y el Ángel dijo: ¡Es esto!

La aparición de un Ángel era tenida como preanuncio de la muerte. A todos aquellos a quien aparecía un Ángel se asustaban. Así sucedió con Zacarías que cuando vio el Ángel quedó apavorado y pensó que fuese a morir. Nuestra Señora, en cambio, no se asustó con la aparición del Ángel. Ella era tan extraordinaria que **“convivía con los Ángeles”**, pero nada de todo esto la llevaba a considerarse la primera de las mujeres.

II- Despretensión y humildad completa.

Ella, en vez de pensar: “¡Ah! ¡Quiere decir que yo soy la primera entre todas las mujeres!”, en vez de quedar contenta, llena de sí, **se perturba**. Queda perturbada porque tenía miedo de ofender a Dios, atribuyendo a sí cualquier cosa que no le perteneciese y perteneciese a Dios. Recelo de consentir en tener complacencia de juzgarse la primera de las mujeres. Qué bueno sería si nosotros nos perturbásemos cuando fuésemos elogiados. María nos da ese ejemplo en la Anunciación. Ella nos da un ejemplo

extraordinario, porque se perturbó al oír el elogio, y como dice de San Lucas: **“Se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo”**.

- Reflexión:

Nosotros, que convivimos no con Ángeles precisamente pero sí tantas veces con el espejo. Quedamos conversando con el espejo, y ¿cuántas y cuántas veces el espejo nos miente diciendo que somos el primero de los hombres o la primera de las mujeres? El espejo miente, pero nosotros creemos fácilmente en lo que el espejo nos dice.

En cambio, Nuestra Señora se perturba y levanta el problema. “¿Qué quiere decir eso? ¿De dónde sale ese saludo? ¿De dónde viene? Yo, de mi naturaleza, soy nada. Soy vacía. Soy la esclava del Señor. Yo nada tengo en mí que valga alguna cosa. Yo nunca conseguí nada por mí misma, todo viene de Dios. Y ahora, ¡viene este Ángel a decirme que soy la primera de las mujeres!

¡Qué humildad! En el *Magnificat* Ella cantó: “porque Dios lanzó sus ojos sobre la humildad de su sierva...”

El Ángel continúa el elogio. El Ángel le dice: **“No temas, María...”** ¿No temas qué? No es por el Ángel, porque está ahí y Ella misma en ningún momento tuvo temor de él. Ella tenía miedo de las palabras, porque **tenía miedo de perder la humildad**, tenía miedo de apropiarse de algo de Dios. El Ángel tranquiliza a María: **“pues encontraste gracias delante de Dios”**. Ah, bien, si es por una acción de Dios, por una acción de la gracia, y no por mí misma que obtuve y si porque Dios tuvo misericordia, Dios contempló mi miseria, Dios contempló mi nada; así quedo tranquilo, porque ya no soy Yo, ya no viene de mí. No es algo que pueda decir: “yo soy”. “Si hay algo de bueno en mí, ese algo de bueno viene de Dios, y no de mí”, o sea, lo que tranquilizaba a María era saber que ese elogio hecho por el Ángel no venía de la naturaleza de ella, ese elogio hecho por el Ángel venía de una predilección de Dios. Dios fue quien tuvo ese amor por Ella; Dios fue quien le dio la gracia.

Nuestra Señora quiere decirnos que jamás ambicionaría ser la primera de las mujeres salidas de las manos de Dios, ¡Nunca! Si Dios lo quiere, estoy de acuerdo con Su voluntad. **“He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según su palabra”**.

Estando la Virgen tranquila sabiendo que es la acción de la gracia, el Ángel continúa: **“vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; ³³ reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”**.

III- La belleza de la Virginitad

Imaginen una virgen que haya hecho voto de virginidad, que no quiere de manera alguna ofender a Dios y recibe la invitación para ser Madre del Hijo de Dios. Cualquier persona, delante de esta situación diría: *“¡Óptimo, que cosa extraordinaria, vamos, cuánto antes!”* En cambio María le pregunta al Ángel: ***“Cómo será esto, puesto que no conozco varón”***. Es su preocupación; Ella es virgen y prometió ser virgen hasta el fin de su vida.

Dios ama tanto la virginidad que quiso Su virginidad antes, durante y después del parto. Aquí está Ella en el primer misterio gozoso resaltando muchísimo esta virginidad. El Ángel tranquiliza a María cuando le dice: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios. Dijo María: **He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”**.*

El recogimiento, la despretensión y por lo tanto la humildad y la virginidad son ejemplos para nosotros. Ejemplos en este mundo que dice exactamente lo contrario; este mundo que es un mundo disipado, hecho de orgullo, de impureza, la castidad va desapareciendo, la castidad se va retirando de este mundo.

- ¿Cómo alcanzar la verdadera paz?

Yo juzgo que para tener verdadera paz sería preciso que los hombres y las mujeres, todos, practicasen la castidad según su estado. La práctica de la castidad es fecunda. Nosotros tenemos aquí el ejemplo. María, Virgen, pasa a ser la Madre de Dios, y, por su alta humildad, alto recogimiento y virginidad, Ella no sólo es Madre de Dios, sino que recibe como hijos e hijas a toda la Humanidad.

Siendo Nuestra Señora nuestra medianera, dice en Fátima: *“¡Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará!”*. El triunfo del Inmaculado Corazón de Ella será a través del espíritu de piedad, haciendo que los hombres se vuelvan para Dios. La humildad reconociendo todo lo que hay de bueno en el Reino de Dios, en la práctica de la castidad y de todas las otras virtudes. Y que así, Ella mirándonos, pueda decir: *“¡Por fin mi Inmaculado Corazón triunfó!”* ¿Cómo triunfó?, porque Ella obtuvo las gracias necesarias para ese triunfo.

- **Oración final**

Oh Madre, Vos que sois la Reina de los Ángeles, la más piadosa de todas las mujeres, la más humilde de todas las criaturas, la más virginal Madre mía, en esta meditación que Os ofrecemos para reparar Vuestro Sapiencial e Inmaculado Corazón

de tantos crímenes, tantas abominaciones que en nuestros días se cometen, os pedimos: dadnos la gracia de ser como Vos, humildes, piadosos y recogidos; dadnos la gracia de ser castos y puros.

Dadnos la gracia de ser un reflejo de vuestro Sapiencial e Inmaculado Corazón en lo que tenga de más excelso, en lo que tenga de más excelente que son estas virtudes entre otras más. Madre mía, queremos ser uno de aquellos que verán el triunfo de Vuestro Sapiencial e Inmaculado Corazón.

(Reflexión basada en la meditación de Mons. Juan S. Clá Dias, Catedral de Sao Paulo- Sin revisión del autor).

Apostolado del Oratorio – Devoción de los Primeros Sábados”

Informativo destinado a los coordinadores del
Apostolado del Oratorio

Divulgación restricta

Heraldos del Evangelio

heraldos@heraldos.org.mx – Tel-fax: 55 2167 6339